



Anatomía de la memoria, de Eduardo Ruiz Sosa

Enviado por Juan el Dom, 06/08/2014 - 14:30

La beca literaria es la vacación del escritor; la beca no es para escribir, sino para no escribir. Durante algún tiempo, las becas proponían subsistencia y cierto trabajo, el de conocer gente y ganar otras becas y, finalmente, algún puesto profesoral. Así sigue siendo, pero ahora también, con tantas que hay tan cortas, muchos autores ven la beca como ese viaje que no se pueden permitir, y la piden justamente después de acabar un libro, por lo que la beca literaria no ayuda a escribir, sino a catar la burguesía del descanso.

La beca literaria, en lo que tiene de literaria, no aporta nada a la literatura. Muchas becas piden proyecto previo pero luego no piden la materialización del proyecto: ya da lo mismo. Uno gana una beca para escribir una novela sobre la España de la Transición, y ganándola, puede olvidarse de la puta España de la Transición e irse al bar, que es donde se hizo la España de la Transición, por otro lado. A la beca de la Academia de España en Roma va la gente a comer todos los días de restaurante y follarse suecas. No hemos avanzado mucho. A la beca de la Residencia de Estudiantes va la gente para conferirse la nobleza becada, ese linaje orgánico que consiste en vivir del Estado toda la vida de dios. Luego de una beca, de ahí la herencia de sangre del sistema, siempre surge otra beca.

Digo todo esto porque *Anatomía de la memoria* es un libro con beca (**Han Nefkens**), y debe de ser una de las pocas becas y veces que la munificencia ha servido para algo. 573 páginas. El mexicano del 83 **Eduardo Ruiz Sosa** debuta en narrativas con una novela

de casi 600 páginas, que además es una novela que no va de sus noches de farra en Barcelona, ni de su abuela, ni de lo mucho que le gustaría ser escritor; va de grandes cosas.

Hay que decir de inmediato que nadie en su sano juicio recomendaría Anatomía de la memoria, su lectura, una incursión. Esto es droga dura literaria y a lo mejor está adulterada de intención y de ambición; pero siempre es digno de aplauso que alguien lo intente, que la ambición sea consumida. Hay quien escribe con drogas y le sale una mierda; hay quien escribe con ambición y le sale literatura.

Ruiz Sosa quiere hacer una gran novela y, como poco, nos lo parece. Toma como cañamazo *Anatomía de la melancolía*, de **Burton**, y emplea una irregular sangría francesa para disponer el texto, que es todo reflexiones sobre: la memoria, la literatura, el cuerpo y la muerte. De los cuatro asuntos, tres al menos son de mucho cuidado.

El argumento, la cosa del personaje, queda opaca y hasta traslúcida, pues es apenas una célula terrorista revolucionaria que hubo hace 40 años y donde se dio lo de siempre: traiciones, pasiones, armas, libros, pintadas en las paredes, la policía y los estudiantes, y el fracaso consecuente. Uno hace una revolución para fracasar, porque, si no, luego no tiene nada que contar. El éxito, en literatura, está proscrito.

He aquí cómo se dice esto (pág. 295):

Uno ha vivido tantas cosas, Salomón, le dijo Macedonio, más sereno que los demás, uno que ha visto ir y venir tantas cosas sabe qué es lo que va a pasar en el futuro, y en este futuro no va a pasar nada: usted ve a los muertos por la calle, ve las cabezas colgando de los árboles, ve las corruptelas, los fraudes, los abusos, todo eso, Salomón, y luego escucha a los muchachos más jóvenes, más jóvenes que usted, que dicen que hay que hacer una revolución, que se siente que ahora las cosas sí van a cambiar: ¿sabe usted cuántas veces hemos escuchado eso?, aquí no va a pasar nada.

Sorteando el chiste *ut supra*, una buena novela siempre va, de alguna manera, sobre el arte de escribir, que casi es lo único revolucionario que podemos conseguir:

...que era necesario hacer ciertas cosas; que la escritura cambia el mundo, que la verdad cambia al mundo, que algo puede cambiar al mundo...

La novela, además, viene ametrallada de citas; habrá como cien citas directas en este libro, al principio, al final y entre medias de cada capítulo y de cada cacho de un capítulo. **Lichtenberg, Walcott, Kristof, San Agustín, Gamoneda (!!)**; todos los que quieras. Al autor mismo, de tanto pensar mientras narra, le puede la sentencia, de la que uno cree que abusa, pues no siempre todo puede decirse en una sola frase contundente.

Tipo:

Hurgar en la memoria es tantear la ceguera de los otros (235)

Los muertos no duran lo que dura la muerte (281)

Escribir es jugar con el tiempo de los otros (287)

Escribir sobre el presente es, en verdad, escribir sobre el futuro (289)

No es que hablemos de la memoria, es que hablamos con la memoria (452)

Algunas nos gustan y otras no, claro; pero, en fin, nos gusta *Anatomía de la memoria*; me gusta. Viendo la flojera del latinoamericano medio, que se da por escritor con 40 páginas escritas en word acerca de la copa que se le ha aguado por mirar mucho la pared del pub, Eduardo Ruiz Sosa reina.